

X ALFONSO REYES, MAS ALLA DE LA MUERTE

Derramada sobre la áspera faz de la tierra, la familia del hombre está circuída por un horizonte de muerte. Ha venido al mundo a perecer, a extinguirse sin descanso. Va sorbiendo su propia vida, segundo a segundo. No sabe cuándo ella ha de agotársele, pero tiene conciencia de que eso sucederá ineluctablemente. Entre el nacimiento y la extinción hay un hiato invencible, que nadie puede remediar. Los ojos de cualquiera son aptos para descubrir, por lo mismo, que toda existencia es como un paso suspendido sobre la nada, pronto a caer en ella. Quevedo quiso reparar en esa verdad cuando declaró que comenzar a vivir es comenzar también a morir.

Estimulada por tal designio, la pobre humanidad acomoda los estrechos confines de su presente a una doble perspectiva, que le comunica la ilusión de estar prolongándolo: es por una parte la del pasado, que se obstina en permanecer a través de la nostalgia y se alimenta del corazón y la memoria, y es, por otra, la del futuro, hacia cuyos términos se orienta nuestra esperanza y en persecución del cual trabajan nuestra voluntad e inteligencia.

En rescatar del flujo proceloso de los días, no los hechos, sino la imagen de ellos, su molde afectivo, su huella espiritual, para que se afirme y se muestre al conocimiento de los pueblos venideros, late la más escogida aspiración del filósofo, del escritor, del artista. Por caminos autonómicos, bien que fraternos, los tres buscan plantarse en el futuro: es decir, quieren compensar mediante un estilo de perduración ideal, la caducidad del ser, que se desgaja, se destruye, se des-

morona al soplo de cada instante. Si aciertan en su empeño, la muerte no logra derrumbarlos sino físicamente. Los borra de la superficie del mundo, los aleja corporalmente y para siempre del comercio de los hombres; pero su alma se queda sonando inapaciguable, en la reconditez de la obra realizada, cual en esas caracolas que semejan no los oídos desprendidos del mar, sino de la eternidad. El desenlace final no consigue pues despeñarlos en el olvido; los transfigura, de un modo que se asientan definitivamente más allá del común horizonte mortal. Esto es lo que ha acontecido, lo que comienza a acontecer con Alfonso Reyes, hijo ya de un mundo sin bordes de tiempo ni lugar.

Vida relativamente larga la de Reyes; pero en su caso no cabe la antinomia que establecía la filosofía orteguista cuando oponía los dones de la vida alta a los mezquinos cuidados que demanda la pretensión de longevidad. Intensa, por su avidez de emoción, de experiencias, de actividad intelectual, aquella existencia ejemplar pudo sin embargo dilatarse apreciablemente para volver más copiosa su cosecha y afinar hasta un grado único su amor de la perfección. Como los maestros de Atenas a los que con fruición superior él leyó y explicó, o como el octogenario patriarca de Weimar, que también le mereció una de las más cabales evocaciones, Alfonso Reyes fue levantando despaciosa y sabiamente las columnas de su vida. Pero bastante temprano, cuando el rocío matinal de la infancia todavía temblaba sobre la frescura del alma, comenzó su tarea. Los primeros versos traían intacto el aroma candoroso de su puericia. Y aquella mano suya, a la que decenios completos de esfuerzo tornaron tan ágil y segura, no dejó de escribir sino tras el torpor de la agonía y la muerte. Se cuenta que Goethe expiró trazando signos en el aire, poseído de su sagrada obsesión literaria. Alfonso Reyes, dueño de una biblioteca de más de cuarenta mil volúmenes, y acostumbrado como ninguno a ese ambiente en que gastaba sus días y parte de sus noches, no logró sustraerse ni en el momento final a aquel hechizo de los libros, y pidió se trasladase su lecho de muerte hasta el acogedor recinto de ellos. El, que conocía cómo era grato ir abandonando sobre la almohada la obra que el sueño ha cerrado junto a la cabeza fatigada, quiso hundirse en el último sopor bajo la custodia angelical de aquellos libros que estimularon e hicieron posible la ingente

hazaña de su pensamiento. Exactamente como esos héroes que declinan entre el relumbro de su espada y sus arreos militares.

Ha muerto Alfonso Reyes después de cincuenta y cinco años de profesión literaria. Hace apenas un lustro celebró, como él lo decía gozosamente, sus "bodas de oro con la pluma". Difícilmente se encontrará una vocación más radical, un talento más entregado a la abnegación de escribir, una inteligencia más disciplinada por el apetito de saber y la necesidad de ordenar los conocimientos, un alma mejor aireada por la bondad y la gracia de la poesía, una personalidad más lúcida y equilibrada que la de Reyes. Tal vez no hubo día de su vida —no lo hubo sin duda— en que dejara de cumplir su ejercicio de las letras. A través de él recibía las impresiones del mundo; mediante él respondía a las sollicitaciones ambientes, ayudaba a su pueblo, servía a los hombres, alguien que conoció a Alfonso Reyes solía referir que constantemente le vio depositar en sus libretines, hayan sido cualesquiera las circunstancias que le rodeaban, las ideas que algún estímulo —una conversación, un incidente, una ojeada— había prendido en su mente. Existía en función de obra literaria. "Escribir es como la respiración de mi alma", había confesado él mismo. Y lo era, efectivamente. Por eso acumuló cerca de dos centenas de producciones. En la irónica pero muy significativa división que se placía en señalar entre los escritores, diciendo que hay dos grupos de ellos: los que escriben y los que sólo aparentan serlo porque no escriben jamás, el gran Alfonso Reyes estuvo entre los primeros.

Así como la longevidad no ha significado en su caso pérdida o debilitamiento de la intensidad vital, así también el cuantioso caudal de su obra no supone falta de rigor y de espíritu selectivo. Ella subyuga por la majestad del número cuanto por las superiores condiciones de la calidad. Fecundo quizás como ningún otro prosador americano ha sido Reyes; pero esa provez no ha estorbado su exigencia artística, su conciencia del estilo, su señorío de lo clásico, que le han erigido maestro insustituible del bien decir, no solamente en América, sino en los confines todos de la lengua castellana. Desde sus páginas moceriles se reveló con esa fobia que nunca dejó de profesar a la forma greñuda de los escritores repentistas. Intimamente abominó de aquellos que no aguardan

pacientemente "a que las semillas se calienten bajo los surcos". Y del fracaso de muchos libros no tuvo la ligereza de culpar a los lectores, sino a esos autores que "han dado en olvidar hasta las más elementales cortesías del estilo".

Dos confidencias, aprehendidas casi al vuelo en sus millares de páginas, ayudarán a entender mejor su afán de dignidad y belleza formal. Remembrando sus primeras tentativas líricas, dice: "Por lo pronto, su elogio (de Jesús E. Valenzuela) me estimuló a cuidar religiosamente la factura de mis versos de la "época parnasiana". Todos debieran pasar por esta etapa. El sentimiento de la belleza física en las palabras es la única garantía segura de nuestro oficio. Aprendamos —ha dicho un contemporáneo— a construir la casa, y ya vendrán solos los inquilinos". En otro lugar afirma: "Por cierto que me hizo aprender (su padre) : que me hizo aprender de memoria la Gramática de la Academia, paso indispensable para adquirir el derecho de olvidarla en el momento oportuno".

Advertencia henchida de lucidez: conviene conocer la gramática, para salvarse elegantemente de ella, por necesidad estética o impulso creador. No es lo mismo causar tropelías en el idioma por desconocimiento de las normas elementales, por oscura impotencia para manejarlo, que superar con cabal conciencia de lo que se hace la indispensable albañilería de gramáticos y preceptistas.

Por su profunda riqueza filosófica, por fluyente, por armonioso y noble y cálido, vigoroso para lo original, y por su saber y poesía, el estilo alfonsino ocupa sitio preponderante en los fastos de la literatura universal contemporánea. Su obra es el monumento más hermoso y consistente que ha levantado el pensamiento de América. Humanista en el propio grado que poeta; filósofo de igual rango que sociólogo; historiador en el mismo plano singular que crítico, Alfonso Reyes fue el fruto más logrado de nuestra joven civilización. Parecía la reencarnación de uno de los varones ilustres de la mejor época ateniense, en donde tanto se plugo el alma estudiosa del genial mexicano. Sus retratos nos lo muestran con el rostro bañado por la luz, como el de alguien a quien ya la gloria tomábalo por suyo.

En la América de sangre hispana, de superficie espiritual inestable, mal sosegada aún, la personalidad de Reyes se descubre casi solitaria, por su serenidad y armonía, en

cierto modo extranjeras para la indigencia cultural del medio. Rasgos ecológicos, seguramente los hay en su obra, pero ennoblecidos por las virtudes de la universalidad alfoncina. La tensión conflictiva del americano común pareció ablandarse en el caso personal de Reyes, cuya alma se fue oreando tempranamente bajo la transparencia del mundo clásico, y en especial del helénico. Ya en su juventud mostró el gran prosador un variadísimo caudal de lecturas, y ellas probaron lo bien que surtían la capacidad de perfección de su obra inicial: "Cuestiones Estéticas". Escrita con una madurez que nadie alcanza a los veinte años de edad, ella ofreció en agradable sazón los elementos de la literatura de Reyes: su inmensa erudición, su riqueza de giros, sus originalidades de juicio, la calidad superior de su estilo. El estudio comparativo de las Electras de la inmortal trilogía helena (Esquilo, Sófocles y Eurípides), que apareció en aquellas páginas, dejó admirar desde entonces su familiaridad con los temas de Grecia, la perspicacia de su crítica, la responsabilidad intelectual del que tiene segura conciencia de cuánto expone.

Esa disposición tempranera hacia las formas clásicas reveló su afinidad con otro americano —José Enrique Rodó—, de fisonomía también señera en medio de la realidad un tanto hirsuta de nuestros pueblos. Pero quizás no es solamente ésa la razón de su parentesco. Igual que a Rodó, a Reyes le poseyó un sentimiento reflexivo, cargado de amor y de fe y de inteligentes atisbaduras, sobre la vida y destino de nuestro Continente. Tenía el corazón abierto, abierta y vigilante el alma frente a cuánto le acontecía a su América. Gravitaba ésta sobre el gran escritor mexicano, mas sin desordenar su estética ni impedir la pluralidad de su cultura o las dimensiones universales de su talento.

También como a Rodó, a Reyes le parecieron campos fronteros los de la bondad y la belleza. Escribir fue para los dos andar por esa zona en donde lo estético apoya su esfuerzo, ganando esencia vital, en el bien y la verdad. "El arte literario es mi expresión y no un oficio retórico, es un medio de realizar plenamente el sentido humano", ha declarado el propio Alfonso Reyes. Ganado por la misma voluntad de volver trascendente su ejercicio literario, advertía también José Enrique Rodó: "No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a

los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios". Y Reyes fue quien reprodujo precisamente estas frases rodoanas en alguno de sus libros.

Radicalmente convencido del valor universal y duradero de las letras alfonsinas, conscientemente persuadido de la jerarquía intelectual y de la consistencia humana de su obra innumerable, desde esta patria americana fui uno de los que pidieron el Premio Nobel de Literatura para Alfonso Reyes. Ello fue hace más de un año. Y supe, según me lo contó el gran maestro en carta datada en México el 27 de agosto de 1958, que la Academia de Suecia había aceptado ya su candidatura. Pero me aclaraba: "Ahora bien, esto no significa que el premio esté cercano y ni siquiera seguro. El gran Einstein, con ser quien era, fue aceptado como candidato y sólo fue premiado a los dieciocho años de esta aceptación. Así pues, doblemos la página".

La muerte se ha adelantado a doblar la página, mientras los académicos de la lejana Suecia deliberan sobre la cosecha política de los premios venideros. . . .



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL